

Para concluir, una reflexión crítica. A lo largo de la monografía Neffe repetidamente plantea si se le podría aplicar en rigor a Einstein la teoría romántica del “genio” individual (Fichte), frente a la colectividad de los científicos, con una mayor rotundidad de la que anteriormente se aplicó a Newton, Galileo o Copérnico, entre otros. En cualquier caso ahora se hace notar cómo es precisamente esta autoimagen que el mismo nos legó de sí mismo lo que habría que cuestionar después de leer una biografía tan desmitificadora como la presente. Pero a pesar de quedar claro el propósito que ahora se persigue, sigue quedando un punto sin aclarar: ¿hasta qué punto el rechazo de la consideración de “genio” a Einstein tiene como efecto perverso no deseado reforzar aún más su figura y su capacidad de genialidad, dado que se reconoce explícitamente que ninguno de los posibles inspiradores de su teoría o de sus sucesores puede situarse a su misma altura? Evidentemente en este contexto se puede cuestionar si el problema es Einstein o más bien la teoría romántica del genio individual, que a su vez trata de cumplir un cometido que claramente le excede. Evidentemente los hallazgos de Einstein dependen a su vez de una comunidad de investigadores que le precedió y sin la cual nunca habría podido desarrollar sus hallazgos más decisivos. Sin embargo también es verdad que las aportaciones de la *comunidad de los investigadores* debería ser una consecuencia de las aportaciones individuales de los sabios y genios, en simbiosis recíproca, dado que la ciencia nunca habría podido alcanzar los niveles actuales de desarrollo sin la ayuda de ambos. El ejemplo paradigmático a este respecto es el propio Einstein. Un modelo difícil de repetir y de extrapolar a otros casos semejantes. Pero un modelo sin duda vigente y difícil de sustituir, al menos mientras no se disponga de una *comunidad de investigadores*, así como de un conjunto de sabios y “genios”, en simbiosis recíproca, de un nivel semejante o aún más alto.

*Carlos Ortiz de Landázuri*  
*Departamento de Filosofía*  
*Universidad de Navarra*  
*Apartado 177, E-31080 Pamplona*  
*E-mail: cortiz@unav.es*

*Origen, evolución y diversidad de las lenguas. Una aproximación bilingüística*, de JOSÉ-LUIS MENDÍVIL GIRÓ, FRANKFURT, PETER LANG, 2009.\*

¿A qué se debe la diversidad estructural de las lenguas? ¿Cómo se puede explicar la variación interlingüística si asumimos que la Facultad del Lenguaje (FL) es un rasgo inherente a la especie humana? Darwin trató de explicar la variedad de las especies mediante una teoría evolutiva basada precisamente en la mutabilidad de los seres vivos. Mendívil Giró intenta respon-

der en su último libro a la cuestión de la diversidad lingüística empleando el mismo razonamiento que Darwin: las distintas lenguas del mundo son el resultado del cambio lingüístico, la diversidad reside en su capacidad de cambio.

Asumiendo las teorías chomskyanas sobre el funcionamiento del lenguaje, el autor considera que las diferencias entre las lenguas son profundas y significativas, sin que ello sea un problema para la concepción innata y biológica de la FL, sino todo lo contrario: precisamente por ser profunda y significativa, la diversidad lingüística constituye una importante fuente de información acerca de la estructura y de la naturaleza de la FL. Así, el objetivo del libro es mostrar que el cambio es algo inherente a las lenguas naturales y la consecuencia de ello es su diversidad.

En los diez primeros capítulos muestra y compara diversas aproximaciones biolingüísticas al estudio del cambio lingüístico, con especial atención a la analogía entre lenguas y especies que Darwin estableció en su obra *El origen del hombre*. Lo que el biólogo se proponía con esta comparación era hallar en la lingüística decimonónica (una disciplina que gozaba de gran prestigio y difusión gracias a figuras como Schleicher y el modelo del *Stammbaum*) un respaldo para su teoría evolutiva, pues era consciente de los problemas que podían plantearle la transmutación de las especies y un gradualismo sin pruebas fehacientes que sólo se justificaba aduciendo la imperfección del registro fósil.

Darwin observó que tanto las lenguas como las especies cambian al reproducirse, porque el proceso de réplica no es perfecto, sino que se producen pequeñas mutaciones o variaciones azarosas, a partir de las cuales el medio externo a través de la selección natural se ocupa de favorecer unas variantes sobre otras. De ahí la famosa y fructífera analogía que Mendívil Giró se analiza en el capítulo dos, a pesar de que algunas similitudes entre lenguas y especies pueden resultar problemáticas, como ocurre al tratar de vincular la procreación fértil con la mutua inteligibilidad como criterio para determinar o clasificar lenguas. La otra cuestión problemática es la afirmación de Darwin de que las lenguas pueden “mezclarse y cruzarse unidas” por lo que tiene de contradictorio con su propia afirmación de que especies distintas no pueden cruzarse.

En términos generales, Mendívil admite la analogía de Darwin e incluso la replantea en el capítulo seis como homología. En su propuesta, la lengua-i (equivalente al organismo) es un objeto natural e histórico y se identifica con el órgano del lenguaje; por su parte, la lengua-e es un objeto histórico y social, equivalente a una población o conjunto de lenguas-i, determinable a partir del arbitrario criterio de la inteligibilidad mutua señalado *supra*. Continuando con la homología, los genes tienen su correlato en los parámetros lingüísticos, entendidos como conjuntos de propiedades formales, lo cual lleva a identificar la Gramática Universal (GU) con el ADN, puesto que ofrece diversas posibilidades de combinación de los parámetros que en última instancia dan lugar a lenguas-i distintas.

Sin embargo, el hecho de que se admita la analogía y se replantee en términos generativistas, no implica que se admita el funcionalismo darwinista y neodarwinista. Mendívil rechaza el funcionalismo como motor del cambio lingüístico, afirmando que éste no obedece a ningún principio de optimización funcional. Las variantes que resultan seleccionadas dependen de factores sociolingüísticos, que son los que deciden el progreso de los cambios, pero nada tienen que ver con la adecuación o la eficacia en el procesamiento. Todos los estados de lengua son igualmente aptos (hipótesis uniformitaria), otra cosa es que determinados factores externos ejerzan una presión selectiva sobre las variantes. El punto conflictivo está en identificar las causas de la adopción de una variante con la de su difusión. La adopción es algo fortuito y azaroso, aunque delimitado por principios formales rígidos e inmutables de la GU; pero la difusión obedece a motivos extralingüísticos, de índole social, cultural, histórica, etc. En palabras de Gould (*Estructura de la teoría de la evolución*, 2004: 1210): “La función puede determinar qué vive y qué muere, pero en ningún caso qué puede surgir y surge”.

Puesto que la función no puede ser la causa del cambio, Mendívil opta por seguir el modelo estructural antineodarwinista, según el cual las constricciones formales son las que generan y limitan la variación. Este modelo no niega la existencia de la selección, sino que se cuestiona si ésta “es suficiente para explicar que sólo existan algunos tipos de entre todos los que podrían existir” [p. 107]. La respuesta parece ser negativa ya que, además de los factores externos que guían la selección, hay constricciones formales que limitan la variación y que constituyen la GU. “Si una mente o cerebro impone ciertos requisitos para la adquisición o el procesamiento de un sistema de conocimiento, en realidad está imponiendo también (al menos en parte) la estructura que tendrá ese sistema de conocimiento” [p. 125]. Por lo tanto, no existirán lenguas que no se ajusten a los principios estructurales requeridos por el órgano del lenguaje, lo que implica “que la diversidad entre las lenguas estará restringida a lo propiamente gramatical” [p. 128].

Precisamente en la segunda parte del libro (los últimos diez capítulos) se profundiza en la diversidad y la tipología lingüística partiendo de la base de que la FL determina la estructura de las lenguas y su margen de diversidad, de modo que los cambios, aunque sean azarosos o accidentales, siempre estarán constreñidos por principios formales impuestos por la GU. Desde este punto de vista, la diversidad, lejos de ser un problema para la concepción biológica e innata del lenguaje, es una importante fuente de información que permite estudiar la FL.

En el capítulo trece el autor asume que la lengua-*i* es la FL de una persona, es decir, un sistema de conocimiento albergado de algún modo en la mente/cerebro y que no debe confundirse con la GU, que se define como un “condicionamiento biológico que determina qué propiedades debe tener una lengua humana posible y que explica nuestra capacidad de aprenderlas” [Mendívil, (2009), p. 146]. Bajo esta concepción “la GU tiene una función crucial en

la diversidad lingüística, en el sentido de que todo cambio que pueda producirse en una lengua ha de ser *filtrado* luego por el proceso de adquisición” [p. 147].

El autor, siguiendo la línea minimalista que trata de reducir los componentes y principios específicos del lenguaje humano al mínimo, asume la propuesta de Hauser, Chomsky y Fitch, (“The faculty of language...”, 2002: 1571) según la cual lo único que caracteriza al lenguaje de nuestra especie (lo que ellos denominan FLN, frente a una concepción más general del lenguaje o FLB) es “the core computational mechanisms of recursion as they appear in narrow syntax and the mapping to the interfaces”. Parece, pues, que si el componente central de nuestra FL es la recursividad, entonces la sintaxis será universal y la diversidad quedará relegada al resto de componentes (los sistemas Conceptual-Intensional y Articulatorio-Perceptivo). La hipótesis nula que plantea Mendivil [p. 155] es que “el *locus* de la diversidad tipológica estructural de las lenguas se encuentra en los interfaces entre la sintaxis en sentido estricto y el resto de componentes de la FLB”. De ello se sigue que lo que captan los parámetros serán las diferentes opciones o posibilidades de ajuste de los sistemas de interfaz, los cuales son sensibles a los datos lingüísticos del entorno durante la fase de adquisición o desarrollo ontogenético de la FL.

Los capítulos quince y dieciséis exponen, comparan y valoran la teoría de la Jerarquía de Parámetros (JP) de Baker, basada en la noción matemática de parámetro (como valor que determina el comportamiento de un sistema) compartida por Mendivil. Desde esta óptica las diferencias gramaticales se reducen a la interacción de un número finito de elementos discretos: los parámetros, que a su vez repercuten en otras partes o propiedades del sistema, lo cual hace suponer que existe una cierta dependencia o estructura jerárquica entre los parámetros y que éstos tienden a manifestarse agrupados (*parametric cluster*), lo que encaja con el concepto de parámetro como agrupación de propiedades formales propuesto por Mendivil en su replanteamiento de la analogía entre lenguas y especies.

Asumida *grosso modo* la validez de la JP y de la sintaxis como propiedad universal del lenguaje humano, el autor trata de conciliar estas posturas con la Hipótesis de Parametrización Léxica (HPL). La HPL se fundamenta en la afirmación de que los valores paramétricos se asocian a ítems léxicos, refiriéndose con tal denominación a las categorías funcionales, por lo que la diferencia entre las lenguas “serán consecuencia de diferencias en la correspondencia entre los rasgos y propiedades de las categorías funcionales de las lenguas y su expresión morfológica. [...] las diferencias sintácticas dependerán directamente de las propiedades morfológicas y fonológicas de los formantes gramaticales” [pp. 188-189], lo cual confirma el punto de vista de Roberts y Roussou (*Syntactic change: a minimalist approach to grammaticalization*, 2003). Este planteamiento lleva al autor a hablar de una “teoría morfoléxica de la variación estructural” en la que las operaciones del sistema de cómputo están condicionadas por los sistemas de interfaz, son universales e inherentes al lenguaje

humano, pero insensibles al uso externo que se haga de él. En su opinión [Mendivil, 2009: 191], una teoría paramétrica debe ser compatible con la HPL y con la JP, integrándolas de modo que “la selección paramétrica es local (léxica en el sentido amplio de la HPL) pero en el que la diferenciación provocada por esa selección es sistemática y restringida. La JP entonces no es un primitivo (como viene a sugerir Baker), sino que es el resultado de procesos de condicionamiento gramatical, más concretamente, morfológico”. Por lo tanto, parece que la unidad de selección tipológica no son las lenguas, sino “fragmentos o subsistemas de su gramática, en la medida en que éstos puedan depender de las propiedades gramaticales de las categorías funcionales” [p. 193] por lo que habría que sostener una tipología no holista.

Ahora bien, ¿qué determina la tipología estructural de una lengua? Básicamente, la explicación última estará en la historia gramatical de la lengua. Los parámetros, entendidos como opciones de ajuste en los sistemas de interfaz (constreñidos estructuralmente por la GU), una vez fijados implican la presencia o ausencia de ciertas propiedades formales, es decir, los parámetros abren y cierran caminos al ir fijándose durante el proceso de adquisición a partir del *input* que recibe el individuo. Por su parte, los factores extragramaticales explican la difusión de variantes, pero no determinan en exclusiva la estructura gramatical de la lengua. De este modo, la GU determinará lo posible y la historia (constreñida por contingencias históricas, el procesamiento y otros factores funcionales y la propia GU), lo probable [p. 220].

De todo ello concluye al autor que la sintaxis es inmune al cambio y que la variación queda relegada a los ajustes de los sistemas de interfaz producidos en la fase ontogenética y “se manifiesta expresamente en la configuración morfológica de las categorías funcionales que con las que el sistema computacional relaciona sistemáticamente sonidos y sentidos” [p. 225].

Lo que el libro trata de reflejar es que la diversidad de las lenguas no depende de factores externos a la FL, sino que está determinada por principios estructurales inherentes al lenguaje humano que configuran la GU. Las presiones externas influyen en la difusión de variantes, pero no en su emergencia. La obra de Mendivil muestra que la teoría paramétrica abre caminos para el estudio de la FL, puesto que es parte de la teoría gramatical y de la tipología lingüística, disciplinas que de este modo se presentan como compatibles e integradas.

*Rosabel San Segundo Cachero*  
*Departamento de Filología Española*  
*Universidad de Oviedo*  
*E-33011, Campus del Milán, Oviedo*  
*E-mail: sansegundorosabel@uniovi.es*

NOTA

\* Este trabajo ha sido realizado durante el periodo de disfrute una beca de investigación subvencionada por el Gobierno del Principado de Asturias con cargo a fondos provenientes del Plan de Ciencia, Tecnología e Innovación (PCTI) de Asturias 2006-2009.